

Carta a un hijo: de la paz, el teatro y otros consuelos

Mariano Saba

Hijo, esto que escribo es para que te encuentre en el futuro. Para que, en algún futuro remoto, si la paz te fuera esquivia, puedas buscarla con la guía esperanzada de estos párrafos.

Una vez alguien me dijo –y me salvó–: “lo más cercano a la paz es no tener miedo”. Fue como una caricia hecha con la voz, una certeza vibrando en eso que el teatro hace tan bien a veces: dar en el corazón del oído ajeno. Porque, hijo mío, todos, absolutamente todos hemos sentido miedo, de una u otra forma, y la paz –con suerte– ha sobrevivido como un estado de gracia posterior, como el momento en que un antídoto (que suele ser el amor, en cualquiera de sus múltiples formas) logra contrarrestar finalmente ese veneno de terror que promete aniquilarnos.

Quiero que sepas, hijo, que la paz es la más ardua de las conquistas. Tiene esa condición fatal de pasar desapercibida mientras reina, y de dar gritos cuando desaparece. La

paz, como el tiempo, es algo de lo que no tenemos conciencia hasta que sobreviene una tragedia. Estar en el tiempo sin notar su paso arrasador debe contarse entre los destinos más benditos que pueden tocarnos. Sin embargo, en algún momento, por motivos que muchas veces no podemos evitar, la tragedia sobreviene y el tiempo emerge con toda su presencia abismal. La paz, en buena parte, posee el mismo atributo: nunca valoramos suficientemente la paz, hasta que no la tenemos.

Hoy, en este momento desde el que te escribo, la paz se ha convertido en un bien escaso. Estoy convencido de que algo se detuvo en el segundero íntimo del mundo, como si el péndulo oscilante de su reloj vital ya no viajara alternadamente entre la paz y su pérdida. Como si hubiera quedado suspenso en el espacio incierto de la catástrofe, de la inminencia de un final. Porque todo parece proyectar un panorama plagado de tristeza: cierta ambición tecno-financiera desprecia

lo humano hasta descartarlo incluso como recurso; la virtualidad devora una y otra vez cualquier concepto de realidad; los ríos se enturbian, los bosques se talan, el hombre se vuelve un predador ocioso, de codicia displicente; las distancias se agigantan entre ricos y pobres, y chillan las entrañas del hambre; los países, incluso en democracia, empiezan a ser regidos por ideologías muchas veces perversas, del neoliberalismo al anarcocapitalismo; las tramas sociales se deshacen y con ellas se desploman ideales, amores, alianzas, sueños. Guerras mudas, guerras evidentes: por todas partes, guerras. Parece una noche interminable.

Y, sin embargo, hijo, no quiero lanzar este mensaje para confirmarte que el miedo ronda y seguirá rondando hasta el final de los tiempos. Al contrario, quiero sugerirte que, en el futuro, aunque siga reinando el caos, mires alrededor aquellos indicios que siembra la paz con su promesa constante de retorno. Dos de ellos me rescataron a mí, no una sino varias veces, y puedo jurártelo: el primero, tu existencia, y el segundo, la posibilidad de crear –lo que sea–, de jugar, de seguir construyendo entre las ruinas. Cada persona tiene su cielo, y aprende a leer su fortuna como puede, en el vuelo errático de las aves que lo cruzan. Yo quisiera dejarte dos presagios de paz que redimieron mis noches, por diferentes motivos, pero que de igual forma me orientaron en la penumbra laberíntica del miedo.

Aprendí a adivinar la paz (o una posibilidad de paz) escribiendo. La primera obra que hice me costó noches enteras. De día cumplía con los trabajos que demandaba la necesidad de lo cotidiano, de noche me encaramaba sobre el teclado y agitaba las

manos, mientras tomaba café y leía a media voz los personajes de ese teatro fantasmal en mi cabeza, y perdía el sentido de las horas, y me peleaba con mis imágenes y mis ganas, y hacía pausas para fumar en el lavadero, donde escuchaba los ruidos nocturnos del resto del edificio: una televisión prendida, una discusión trasnochada, un ladrido. Y más teclado, y más café, y más cigarros en un ejercicio solitario hecho en principio para nadie y para nada, con la incisiva sospecha de la inutilidad. Hasta lograr una última escena, casi en el borde del día, y sentir que el cuerpo acababa de correr cien vueltas alrededor del alma, y que finalmente podía apagar el velador y dormir, porque estaba en paz.

Otra vez aprendí a adivinar la paz viéndote dormir. Cuando eras muy pequeño, cada tanto, te enfermabas. Nada más esperable y, sin embargo, el miedo: el lógico miedo pulverizando la paz de un modo incognoscible para el que no tuvo que atravesarlo. Un cansancio te aparecía en los párpados, una queja, una tos que iba tornándose cada vez más ronca. Y la danza de los termómetros, de los pediatras, de los medicamentos. A veces tosías hasta ahogarte: tu cuerpo sufría y te abrazábamos para aplacar el llanto, para esperar el agotamiento que causaba la fatiga. Custodiábamos tu sueño con la angustia atagantada, mirándote el pecho diminuto como quien mira un mar embravecido. Te cantábamos, te llevábamos hasta un ventanal desde donde se veía el parque, y así la noche avanzaba, cada vez más pesada, cada vez... Duraba unos días. No sé por qué, yo siempre esperaba el amanecer como si depositara ahí la esperanza de un paliativo inexplicable. Y debo decir que, ya sea por causalidad o por fe, coincidían muy seguido tu sueño y la aurora: la luz del sol despertando entre

los árboles, entrando delicadamente por la ventana hasta iluminar tus ojos dormidos. La fiebre se espaciaba, y un día el sol salía y por fin la enfermedad se había ido. Dormías sin dolor. Habíamos vencido a la noche. Y la paz era eso: la conciencia de haber vencido a la noche, una vez más.

Te deseo, querido hijo, que siempre que lo necesites, la paz te encuentre y, si no, que puedas hallarla en tu propio cielo, como me ocurrió una madrugada buscando un mundo en el teclado, o hamacándote frente a un parque desierto, esperando al sol con fe desesperada •